SANTA TERESA DE JESÚS

UNA EXCELENCIA DE LA HUMILDAD DE LA SANTA

Según la observación del Ilmo. Sr. Yepes, podemos distinguir dos clases de humildad: una propia de los pecadores; otra patrimonio exclusivo de las almas inocentes y puras. Que se humille el hombre que a la bajeza y ruindad de su origen y miserias comunes de todos los hijos de Adán, añade el pecado propio, personal, amontonando con esto sobre la nada de su origen lo que es peor que todo, el pecado, es muy natural. Ahondando la consideración detenidamente en lo que fuimos, en lo que somos, en lo que hemos de ir a parar, no hay entendimiento que no se humille y sienta bajísimamente de sí mismo, pues miles de motivos y razones saltan a la vista y nos predicán nuestra vileza, nuestra nada.

Se aumentan los motivos de confusión si consideramos lo que somos comparados con Dios Nuestro Señor. Que una hormiga se crea algo, se juzgue grande comparándose con otros insectos más pequeños, con los animalillos llamados infusorios, parece le asiste algún motivo de disculpa; pero que haga alarde de su grandeza comparada con el león o con el elefante, provoca a risa, y excita compasión cuando menos, si no deprecio. ¿Qué sería si se juzgase algo grande comparada con todo el mundo, con la estrellas mayores? Pues el hombre que compara su ser con el ser y grandeza de Dios, humíllase con mayor motivo y se ve obligado a exclamar con el Profeta: ¿Qué es el hombre, Señor, delante de ti cuando todas las naciones del mundo son como nada en tu presencia? ¿Y sobre este vil gusanillo y menos que nada por sus pecados te dignas, Señor, fijar con amor tus ojos y afirmas tener en él tus delicias? ¿Quién, Dios grande, se atrevería a creerlo si tu palabra no lo atestiguara? ¡Oh dignación inmensa de tu caridad! ¡Oh muestra singularísima de tu piedad! Alábenle por ello los cielos y la tierra por todos los siglos.

Mas el que sobre la nada de su origen ha fabricado virtudes y buenas obras no tiene tanto motivo para humillarse, porque ha engrandecido con su mérito personal y ha hecho olvidar la bajeza de donde salió. Y si de estos dones singulares y mercedes de Dios saca el alma más humildad, y con la luz y bienes divinos que Dios le comunica, se mueve a engrandecer a Dios dándole toda la gloria como debe, entonces posee esta alma la humildad más generosa, más perfecta de más altos quilates que la ordinaria humildad, porque junta aquí en uno lo sumo de la grandeza de Dios con la suma bajeza de las criaturas. Esta fue la humildad rara y exquisita de la Virgen María; la que enamoró a Dios sobre todas las virtudes, y le hizo descender al seno de esta Virgen, constituyéndola sobre todo lo criado con la dignidad de Madre de Dios. Y esta fue también la humildad que tanto pondera san Bernardo¹ en el Verbo del Padre hecho hombre. Cristo, dice a este propósito, que como Hijo del Altísimo no podía subir ni crecer, inventó en su descenso un modo de subir que en cierta manera le hizo más sublime. Humilló su soberanía, oprimió su grandeza hasta dar la vida sobre una cruz; y en este abatimiento fundó la exaltación en que le puso el Padre, dándole un nombre sobre todo nombre para que en el nombre de Jesús doblasen la rodilla los cielos, la tierra y los abismos, y confesasen todos que Jesucristo, Señor nuestro, reina en la gloria del Padre soberano².

Es una verdad de fe que la virtud de la humildad no puede añadir creces ni elevación al que es Omnipotente, pues superior a Dios nada existe. Mas para nosotros sí que se la da, porque esta virtud nos lo da a conocer mejor y nos lo hace más grande y más amable. Antes que Dios se humillase y descendiese del solio excelso de su gloria para hacerse hombre, sólo era conocido en un rincón del mundo que era la Judea³, y propiamente hablando, según San Crisóstomo⁴, sólo era conocido allá en el cielo por los Ángeles; pero luego que se humilló en el madero de la cruz, todos lo conocieron. Ya san Juan, al hablarnos de su Divinidad, nos la presenta como oculta y escondida en el seno del Padre; mas cuando nos lo muestra habitando humilde con los hombres, nos lo manifiesta con gloria igual al Padre, lleno de gracia, verdad y

¹ Ser. 2, de Ascens.

² Philip. II, 8.

³ Psal. LXXV, 2

⁴ Hom. 33, de petit. filior. Zebedei.

exaltación. De modo que su abatimiento fue un argumento que demostró su divinidad, y el que no podía añadir cosa alguna a su poder, supo elevar su grandeza, añadiéndole el culto que le damos los hombres, al verla oculta en nuestra humilde naturaleza⁵.

De esta condición fue la humildad de Teresa de Jesús, y por ello es de suma excelencia. Pues por un lado hemos visto ya como jamás cometió pecado mortal en toda la vida, y por otro después de asegurarnos Teresa de Jesús con santa ingenuidad que naturalmente aborrecía las cosas deshonestas, añade: "No era yo inclinada a murmurar, ni a decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal a nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que aunque era ruin traía temor de Dios los más continuo"⁶. Y si a esto se añaden las riquezas espirituales, como revelaciones, milagros, éxtasis, luz de profecía y otros favores inefables que la mano del Omnipotente acumuló sobre tan santa criatura, se notará mejor lo generoso y excelente de su humildad, pues en medio de tanta abundancia de dones celestiales se supo conservar abatidísima, por la peor de todos los nacidos.

Al grande apóstol san Pablo, para conservar le humilde y preservarle del peligro de vanagloria que las revelaciones podían ocasionar, dióle el Señor el estímulo de la carne con que le azotaba el ángel de Satanás. Mas en su virginal esposa Teresa usó el Señor de otra providencia. No la humillaba con las rebeldías de aviesas pasiones; no con los estímulos de vanagloria e hipocresía y estimación propia, gusano roedor de todas las virtudes, que se cría y alimenta con la abundancia de los divinos favores, rico con el recuerdo de los mismos bienes celestiales: las mismas revelaciones y toda la lluvia de mercedes divinas que derramó con profusión la gracia en aquella alma angelical, la aniquilaban, la abatían y sirviéronla de custodia para que no zozobrase el mérito de su celestial humildad. Semejante a esos árboles fértiles y bien cultivados que inclinando sus ramas cargadas de frutos muestran su agradecimiento al suelo de donde reciben la savia y el sustento, y cuanto más cargados de frutos más doblan sus ramas llegando a tocar al suelo, así Teresa de Jesús, alma de condición agradecidísima, cuanto más cargada se veía de bienes celestiales, más se inclinaba y agradecía a su Dios y Señor tamañas gracias, y se unía y se acercaba a Él. Como la Reina de las almas humildes, clamaba con todo su corazón: Mi alma engrandece al Señor, y se alegra y regocija, no en sí misma, sino en Dios mi Salvador, porque a pesar de ser mujer flaca, ruin y miserable, mirando con amorosos ojos mi abyección y vileza, obró en mí cosas grandes, que serán de admiración y pasmo a todas las generaciones, las que por ellas me llamarán bienaventurada y mujer feliz.

La luz clarísima que Dios infundía en esta alma seráfica, la dejaba absorta en la contemplación de la grandeza infinita, e iluminaba su pequeñez y miseria, y descendía con mayor profundidad al conocimiento de su bajeza. Creía imposible, como muchas veces solía decir, que un alma conociese de veras a Dios y no fuese muy humilde, pues en ninguna cosa se descubre mejor lo que somos, que puestos juntos y comparados a Dios. Así, dice el Ilmo. Sr. Yepes, tenía la seráfica virgen no sólo la humildad de los pecadores, nacida de las caídas y pecados pasados, aunque leves, sino la de los inocentes, que mana de la luz y bienes divinos que Dios comunica al alma, con los cuales le infunde una divina claridad para que conozca que todo lo bueno es de Dios, y que de su parte ni son, ni pueden, ni valen nada. Y ésta es humildad más perfecta y generosa que la humildad ordinaria, que es virtud moral. En el próximo número examinaremos cómo la Santa tuvo el segundo grado de humildad, deseando ser conocida de todos por la mujer más ruin del mundo.

⁵ San Ambrosio, in Psal. XLVIII.

⁶ Vida, c. 32.

EL CORAZÓN DE TERESA DE JESÚS Y EL DE JESÚS DE TERESA

En este mes que la Iglesia celebra la fiesta de la Transverberación del corazón de nuestra seráfica virgen y madre Teresa de Jesús, bueno será para la edificación de nuestros lectores hacer notar algunas semejanzas de estos dos corazones santos. Es tal en algunos puntos, que más bien se inclina el ánimo a juzgar eran un solo corazón.

La primera cualidad que ennoblece el corazón de Teresa de Jesús es la grandeza o magnanimidad. Tenía un corazón tan grande la ilustre Castellana, que la Iglesia no repara en compararlo con la inmensidad del mar. Aunque mujer en el sexo, no lo era en su ánimo, que era varonil, apostólico. Al oír hablar de reforma de una Orden, de fundación de conventos, de conversión de pecadores, de celo por la propagación de la fe, aumento de la Iglesia, cualquiera juzgaría se hablaba de un Santo esforzado. Mas no; que todo esto son los fines y obras de una monjuela pobre y remendada, pero que abriga en su seno un corazón gigante, un espíritu seráfico, que sólo se goza en las grandes empresas. Semejante al Corazón de Jesús, la devoción favorita de Teresa era la mayor gloria de Dios: que era su alimento, su respiración, su vida.

En el Corazón de Cristo, como Corazón de Hombre – Dios, caben todos los hombres. Allí Jesús nos mira a todos y lleva escrito el nombre de cada uno. Allí, en su seno, nos acaricia, nos regala, y nos ama si so os buenos como una tierna madre lo hace con sus hijos. ¿Eres tú, hermano mío, uno de éstos? Allí suspira y se compadece de los pobres pecadores, hermanos suyos, pero extraviados, enfermos. Y a éstos, como a otro hijo pródigo, los espera con paciencia, los llama con infinito amor, y disimula sus faltas por ver si tornarán a su amistad. Ésta es la conducta digna de un Corazón de Hombre – Dios. Pues lo mismo hacía Teresa de Jesús. Imitadora perfecta de su divino modelo, toda la solicitud inmensa de su maternal corazón se la llevaban los pobrecitos pecadores. Por ellos lloraba día y noche, y se apenaba; ayunaba y maceraba su cuerpo; se cansaba y trabajaba; enfermaba para procurarles salud, se mortificaba para darles algún regalo. Todos tenían cabida en el corazón grande de Teresa, pero especialmente los que la injuriaban y éranle enemigos. A éstos miraba con especial cariño y, como Jesús por ellos oraba de un modo especial. Para merecer más pronto y con mayor seguridad recibir un beneficio del corazón generoso de Teresa, era un medio eficaz hacerle algún agravio. Entonces, cumpliendo la palabra más sublime del Corazón de Cristo: “Haced bien a los que os odian y mal os quieren”, se esmeraba en amontonar favores sobre estos sus hermanos, para ablandar su corazón y ganarlo para Cristo Jesús.

Mas donde se notan estas divinas semejanzas de un modo especial es en el padecer. Tiene el Corazón de Cristo Jesús, según se apareció a su beata Margarita, espinas, llaga o herida, llama y cruz. Éstas son las insignias que decoran a este corazón, el más hermoso que ha criado Dios en la tierra. Y todos los corazones, si desean participar de esta condición, es menester se asemejen a él. El corazón que se presente con estas insignias será el mejor corazón, el más amado de Dios y de los hombres. No puede dudarse que el corazón de la magnánima virgen Teresa participa de estas cualidades, copia con inimitable perfección estos rasgos más característicos del Corazón de Cristo.

Trescientos años hará luego que el alma de Teresa dejó de animar su corazón, y todavía se conserva éste incorrupto, como si aún respirase, y se angustiase por verse encerrado en una estrecha urna de cristal, que no pocas veces ha hecho pedazos, como significando la angustia que le causa verse aprisionado aun después de su muerte.

¡Ah!, que este corazón tan grande, que con disgusto sufría esta cárcel y estos hierros en que el alma está metida, y que moría por verse libre de estas trabas de carne, quisiera hallarse ya en la región de la inmortalidad respirando en toda su pureza la atmósfera de los hijos de Dios. La persona que está acostumbrada a aspirar el aire puro y embalsamado de los montes aromáticos, con pena se sujeta a aspirar el aire infecto y grosero de los valles y malsanos lugares; porque no está, digámoslo así, en su elemento natural. Teresa de Jesús, cuya vida fue un acto continuo de amor, que vivía en la embalsamada estancia de los jardines de su Esposo amado, que como Él gustaba de los bosques nemorosos, hállase mal en este bajo suelo, en esta atmósfera saturada de blasfemias, inficionada con el pecado. Su espíritu espáciase por los campos de flor eterna vestidos, como dice fray Luis de Leób; y el corazón quisiera hallarse allí y gozar tan cabal dicha. Y por eso se apena, con violencia respira, sufre y agoniza aun después de muerto, mientras llega tan deseado día en que espíritu y corazón saltarán de gozo a la presencia de su Dios.

¡Oh corazón nobilísimo de Teresa! ¡Cómo se conoce la sublimidad de tu corazón y la ruindad del nuestro!. Nacidos en este destierro, acostumbrados a respirar el inficionado aire de

este valle de miserias, casi nos hallamos bien y viviríamos siempre contentos en esta tristísima cárcel. ¡Ay dolor!. Como no gustamos los purísimos aromas y no sabemos más que de oídas las delicias que Dios tiene aparejadas para los que le temen y sirven en justicia, no lo echamos de menos. Como los infelices hebreos, lloramos tan solo la privación de los ajos y cebollas del Egipto de este mundo, y no nos lamentamos por la privación de los suavísimos deleites del espíritu. ¡Tan pobres somos! ¿Cuándo, Santa mía, nuestro corazón sembrará el tuyo aspirando tan solo por la inmortalidad?

Tiene llaga el corazón de Teresa de Jesús, y llaga o herida causada por el amor, hecha con dardo de oro por un Serafín. Así copia el Corazón de Jesús. y ¿por qué esta llaga? A mí ver paréceme fue como un respiradero para que pudiese vivir. El corazón de Teresa, volcán de divino amor, no podía vivir encerrado en la estrecha prisión de su cuerpo. El corazón de Teresa debía morir, o no podía vivir sino muriendo. Si se mantenía cerrado en su estrecho recinto, como las llamas no pueden vivir sin respirar, debía salir fuera; mas por otra parte tocar el corazón, romper una de sus venas para que allí saliese el incendio, debía causarle segura y dolorosa muerte. Con todo, esto quiso Jesús, y para que la herida la matase sin acabarla de matar, dio el encargo a un serafín, Ángel de amor, para que diestro en el arte de herir no la matase, sino que le diese sabrosa vida. Así fue: oigamos cómo nos lo cuenta la graciosa y enamorada Teresa:

“Quiso el Señor, dice, que viese aquí algunas veces esta visión, veía un Ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque muchas veces se me representan Ángeles, es sin verlos sino como la visión pasada que dije primero. En ésta visión quiso el Señor le viese así, no era grande sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los Ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman Serafines, que los nombres no me los dicen, mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos Ángeles a otros, y de otros a otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y aún harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.

“Los días que duraba esto andaba como embobada, no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado”.

Más de veinte años vivió por milagro Teresa, respirando por esta llaga incendios de divino amor.

Tiene espinas el Corazón de Jesús. Espinas brotan del corazón de Teresa. En el siglo pasado, por los años 1726, fue minuciosamente examinado el corazón de Teresa por facultativos para pedir a Roma el rezo de su Transverberación. Hablan allí y dan exactos detalles de su estado actual los médicos y cirujanos, sobre todo fíjanse en su herida principal, causada, dicen, con instrumento cortante, y afirman que naturalmente era imposible vivir. Reconocen así mismo otras heridas más pequeñas y la incorrupción del corazón, mas no hablan se notase en ellas ninguna espina. Mas tarde, en el primer tercio de este siglo, el P. Vandermoere, encargado de escribir las actas de la Santa, monumento el más glorioso que los hombres agradecidos han elevado a la gran Doctora, tampoco menciona que se notase ninguna de estas espinas en su tiempo, aunque después da cuenta de los rumores esparcidos por España y toda Europa, de que salían espinas del corazón de Teresa, rumores cuya falsedad demuestra la priora que entonces existía en Alba de Tormes, donde se halla el cuerpo y corazón de la Santa, en una carta dirigida a un Padre de la Compañía de Jesús, y que publica en su apreciable obra. Con todo, en nuestros días no puede dudarse de la verdad de este hecho sobrenatural o prodigioso, después del examen repetido de los doctores en medicina y cirugía de la Universidad de Salamanca, verificado en 1870 y 1872. Tenemos a la vista una copia del dictamen jurado de dichos sabios facultativos, y siempre confirman la verdad de la existencia de las espinas, declarando el hecho de sobrenatural o prodigioso.

Espinas tiene el corazón de Teresa, salidas en el segundo tercio de este siglo, espinas que crecen y aumentan en longitud y volumen. Si en vida ya siempre sufrió el corazón de Teresa y estuvo cercado de dolores como el de Jesús, ¿por qué aun después de su muerte han de brotar de nuevo espinas de él como si estuviese dotado de sensibilidad? Cuestión es ésta que examinaremos en el número próximo con el favor de la Santa. - X.

LA MUJER FUERTE

UN DESAFÍO NOTABLE

No hay que temer andando en verdad delante de Su Majestad, y con limpia conciencia.

(Santa Teresa de Jesús, *Vida*, c. 26).

¿Por qué ocultároslo, devotas teresianas, a vosotras que aspiráis a ser mujeres fuertes como vuestra Patrona, la esforzada Teresa de Jesús; por qué ocultaros uno de los más valientes desafíos que ha presenciado el mundo? Aunque vuestro ánimo blando no gusta de lances y escenas de armas y derramamiento de sangre, con todo debéis haceros superiores por algunos momentos a vuestra condición para presenciar como combaten de un lado una mujer flaca, enferma y sin socorro humano, y de otro un espíritu fuerte y astuto, poderoso en recursos que le ofrecen una táctica aprendida en miles de combates habidos con varones fuertes por espacio de muchos siglos, orgulloso con sus victorias. ¿Teméis, no es verdad, presenciar tan desigual combate, porque presente vuestro corazón la segura derrota de esta pobre mujer? Con todo os prevengo que tenéis motivos de esperar, pues aunque mujer, no lo es en el ánimo, que lo tiene varonil más que de mujer. Además, quiero poneros esta lucha ante vuestros ojos para que os esforzáis y cobréis ánimo, y conozcáis las armas con que debéis luchar y vencer a vuestros enemigos.

Mas, ¿quién será este aguerrido y poderoso enemigo? ¿Quién esta mujer que a tanto se atreve? ¿No los conocéis? Pues sabed que esta mujer fuerte es Teresa de Jesús, que sola y abrazada con la cruz sale, confiada en Dios, a luchar y vencer al enemigo del género humano, después de provocarle al combate. Es la virgen Teresa de Jesús, que desea cantar victoria de Lucifer, el cual venció a Adán, Sansón, David, Salomón y otros mil guerreros y varones santos y esforzados, que existieron en la sucesión de los siglos.

Oíd y medita el billete de desafío que firma Teresa de Jesús en el libro de su Vida, capítulo 25: “¿De qué temo?, dice, ¿qué es esto? Yo deseo servir a este Señor, no pretendo otra cosa, sino contentarle; no quiero contento, no descanso, ni otro bien, sino hacer su voluntad (que de esto bien cierta estaba a mi parecer, que lo podía afirmar). Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y de esto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva de este Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano, y parecía verdaderamente darme Dios ánimo (que yo me vi otra en breve tiempo) que no temería tomarme con ellos a brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos; y así dije: Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor yo quiero ver qué me podéis hacer”.

No se puede leer este animoso desafío de la gran Santa sin recrear el alma con la representación de aquella postura en que nos la pinta este pasaje, osada, valiente como ella misma, contra todo el infierno.

¡Y cómo rabiaría Lucifer, el que quería pasar por Dios y subir hasta su trono para derrocarlo al verse así provocado por una débil mujer, y no sólo provocado sino vencido! ¡Cómo rugiría despechado y huiría para ocultar su ignominiosa derrota a esconderse en los lóbregos antros del averno! ¡Oh esforzada Teresa! ¡Grande eres en todo: grande con Dios, con los hombres y con os demonios! Quien te viese con esta cruz y te oyese estas palabras, ¿hubiese podido tener miedo ya jamás a los demonios? ¿A brazos con estos negrillos no temieras tomarte tú, virgen angelical, y hermosísima? ¿Con una cruz tan sólo crees fácilmente alcanzar sobre todos victoria? ¿Tú sola, y ellos miles de miles que son? – Sí, dice Teresa, porque tengo por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor este ánimo que me dio contra los demonios; porque andar un alma acobardada y temerosa de nada, sino de ofender a Dios, es grandísimo inconveniente. Pues tenemos Rey poderoso y tan gran Señor, que todo lo puede y a todos sujeta.

¿Qué decís, mujeres pusilánimes, que siente vuestro corazón apocado y cobarde al contemplar este desafío, y al oír las animosas palabras de Teresa? ¿Por qué teméis a los enemigos de la salvación?

¿No es verdad que si vierais y oyerais a vuestra Capitana, la valerosa Teresa, emprendierais guerra sin tregua ni cuartel contra Lucifer, y no pararais hasta cantar de él gloriosa victoria? Pues aunque no la veáis con los ojos de la carne, podéis contemplarla con los de vuestro espíritu, y oír sus ardorosas palabras, y alentaros con su ejemplo, y recrearos con esta figura angelical, más que de mujer, que armada con una cruz desafía y vence al infierno junto.

Llámanle al demonio los santos Padres hormiga y león, para significarnos su debilidad con los fuertes con la fortaleza de Dios, y su fortaleza con los pusilánimes y cobardes.

¡Ea, pues!, buen ánimo hijas de Teresa; no temáis teniendo por guía y protectora a tan ilustre Capitana. Ella os conducirá a la victoria y, aunque débiles por condición, seréis fuertes e invencibles, avergonzando a muchos que se precian de ser espíritus fuertes.

Guerra, pues, de hoy más a Lucifer; guerra a sus obras y pompas. Teresa de Jesús y Jesús de Teresa están con vosotras y os esforzarán en la pelea. Y si están con nosotros tan invencibles capitanes, ¿quién será contra vosotras? Nadie que no lleve las manos en la cabeza. - C.

UN APÓLOGO

Había en antiguos tiempos un santo varón llamado el abad Aquiles. Su fama de santidad hacía que todos le mirasen como un santo, y le consultasen como a un oráculo. Un día acercáronsele numerosos discípulos y le dijeron: “Maestro, sabemos que enseñas la verdad y la justicia, y venimos a aprender de tus labios autorizados cuál es el modo, el medio y camino con que el enemigo común seduce nuestras almas, para evitar el caer en su poder”. El santo Abad, sin inmutarse, díjoles así: “Una vez celebraron consejo todos los cedros del Líbano, y exclamaron llenos de dolor: ¿No es una lástima que, siendo tan ponderada nuestra grandeza y elevación, un pequeño hierro sea suficiente para abatirla y derribarnos, y darnos ignominiosa muerte? ¿Qué remedio, pues, habrá para evitar tamaña desgracia? – Ya sé, dijo uno, el medio de prevenir tan gran mal. Hagamos un convenio de negarle toda clase de palo para montar el hacha o la segur, y así no podrá dañarnos ni cortar siquiera una de nuestras ramas. – Así sea, aplaudieron todos. No le demos cosa alguna. – Vivían tranquilos los cedros y con toda seguridad, ni temían las invasiones de la segur enemiga, porque perseveraban unidos en su propósito. Mas, por su desgracia, viniendo los hombres a la selva, faltaron al propósito, les concedieron leña, la que necesitaban para hacer el astil, y de esta suerte armada la segur pudo dañarles, y fue tal el destrozo, que todos vinieron a caer a tierra al empuje de sus golpes. Oíd, pues, ahora la explicación, añadió el santo Abad.

“Una cosa parecida sucede a nuestras almas, que son como cedros del Líbano plantados junto a las corrientes del agua de la gracia: la segur es el diablo, que aunque pequeño enemigo e invisible puede causar en nosotros lamentables destrozos y darnos la muerte; el astil o mango es nuestra propia voluntad, que es la que le da el poder y permiso para dañarnos. Si ésta se deja, pues, dominar de la concupiscencia, cede al enemigo lo que necesita para armar su segur y cortar en nosotros la vida de la gracia.

“¡Oh hijos míos, concluía en santo Abad, resistid al diablo y huirá de vosotros. No les deis armas con ponerlos a buscar la tentación, y no podrá dañarlos. El que camina al monte y lleva la segur sin mango poco o nada podrá cortar; mas si los árboles le ofrecen madera para formar el mango, posible le será no dejar árbol y arbusto con vida, desmontando poco a poco todos los vegetales”.

¡Qué bien dicho y aplicado este apólogo! Examina tus caídas, tus pecados todos, lector benévolo, y verás que has caído en ellos por ser temerario y dar fuerzas a tu enemigo metiéndote en la tentación y peligro de pecar. Este enemigo, dice san Juan Crisóstomo, no tiene poder para batirnos y vencernos, si nosotros no le socorremos con nuestra voluntad desordenada, y entonces, y sólo entonces, juntos ellos con nosotros mismos que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán. Así lo dice la sabia Doctora española; así nos lo enseña una dolorosa experiencia. Escarmentemos, pues, y aprendamos. - C.

SECCIÓN HISTÓRICA

LA VIRTUD EN ACCIÓN

No hay en esta vida cosa ni más dulce, ni más apacible, ni más amable que la virtud.
(San Juan Crisóstomo)

DE LAS VIVAS ANSIAS QUE UNA JOVENCITA LLAMADA DOÑA CASILDA DE PADILLA TENÍA DE ABANDONAR EL MUNDO, Y DE LAS PIADOSAS INDUSTRIAS DE QUE SE VALIÓ PARA CONSEGUIR SUS SANTOS DESEOS DE ENTRAR EN RELIGIÓN.

Porque entró allí, *en Valladolid*, una monja que dio a entender lo que es el mundo en despreciarlo, de muy poca edad, me ha parecido decirlo aquí para que se confundan los que mucho lo aman, y tomen ejemplo las doncellas, a quienes el Señor diere buenos deseos e inspiraciones para ponerlos por obra.

Está en este lugar una señora, que llaman D^a María de Acuña, hermana del conde de Buendía, fue casada con el adelantado de Castilla. Muerto él, quedó con un hijo y dos hijas, y harto moza. Comenzó a hacer vida de tanta santidad, y a criar a sus hijos en tanta virtud, que mereció que el Señor los quisiese para sí. No dije bien, que tres hijas le quedaron: la una fue luego monja; otra no se quiso casar, sino hacía vida con su madre de gran edificación. El hijo de poca edad comenzó a entender lo que era el mundo, y a llamarle Dios para entrar en religión, de tal suerte, que no bastó nadie a estorbárselo, aunque su madre holgaba tanto de ello, que con Nuestro Señor le debía de ayudar mucho, aunque no lo mostraba por los deudos. En fin, cuando el Señor quiere para sí un alma, tienen poca fuerza las criaturas para estorbarlo. Así acaeció aquí, que con detenerle tres años con hartas persuasiones, entró en la Compañía de Jesús. Díjome un confesor de esta señora que le había dicho, que en su vida había llegado gozo a su corazón, como el día que hizo profesión su hijo. ¡Oh Señor! ¡Qué gran merced hacéis a los que dais tales padres, que aman tan verdaderamente a sus hijos, que sus estados, mayorazgos y riquezas quieren que los tengan en aquella bienaventuranza que no ha de tener fin! Cosa es de gran lástima, que está el mundo ya con tanta desventura y ceguedad, que les parece a los padres que está su honra en que no se acabe la memoria de este estiércol de los bienes de este mundo, y que no la haya de que, tarde o temprano se ha de acabar, y todo lo que tiene fin, aunque dure, se acaba, y hay que hacer poco caso de ello, y que a costa de los pobres hijos quieren sustentar sus vanidades, y quitar a Dios con mucho atrevimiento las almas que quiere para sí, y a ellas un tan gran bien, que aunque no hubiera el que ha de durar para siempre, que les convida Dios con él, es grandísimo verse libre de los cansancios y leyes del mundo, y mayores para los que más tienen. Abrídes, Dios mío, los ojos, dadles a entender qué es el amor que están obligados a tener a sus hijos, para que no les hagan tanto mal, y no se quejen delante de Dios en aquel juicio final de ellos, a donde (aunque no quieran) entenderán el valor de cada cosa. Pues como, por la misericordia de Dios, sacó a este caballero hijo de esta señora doña María de Acuña (el que se llama D. Antonio de Acuña (él se llama D. Antonio de Padilla), de edad de diecisiete años del mundo, poco más o menos, quedaron los estados en la hija mayor, llamada D^a Luisa de Padilla; porque el conde Buendía no tuvo hijos, y heredaba D. Antonio este condado, y el ser adelantado de Castilla. Porque no hace a mi propósito, no digo lo mucho que padeció con sus deudos, hasta salir con su empresa, bien se entenderá a quien entendiere lo que precian los del mundo que haya sucesor de sus casas. ¡Oh Hijo del Padre Eterno, Jesucristo Señor Nuestro, Rey verdadero de todo! ¡Qué dejasteis en el mundo, que pudimos heredar de Vos vuestros descendientes! ¿Qué poseísteis, Señor mío, sino trabajos, y dolores, y deshonoras, y aun no tuvisteis sino un madero en que pasar el trabajoso trago de la muerte? En fin, Dios mío, que los que quisiéremos ser vuestros hijos verdaderos, y no renunciar la herencia, no nos conviene huir del padecer. Vuestras armas son cinco llagas; ea, pues, hijas mías, ésta ha de ser vuestra divisa, si hemos de heredar su reino, no con descansos, no con regalos, no con honras, no con riquezas se ha de ganar lo que él compró con tanta sangre. ¡Oh gente ilustre! Abrid por amor de Dios los ojos, mirad que los verdaderos caballeros de Jesucristo, y los príncipes de su Iglesia, un san Pedro y san Pablo no llevaban el camino que lleváis. ¿Pensáis por ventura que ha de haber nuevo camino para vosotros? No lo creáis. Mirad que comienza el Señor a mostrárosle por personas de tan poca edad, como de los que ahora hablamos. Algunas veces he visto y hablado a este D. Antonio, quisiera tener mucho más para dejarlo todo. Bienaventurado mancebo, y bienaventurada

doncella, que ha merecido tanto con Dios, que en la edad que el mundo suele señorear a sus moradores, lo repisasen ellos. Bendito sea él que les hizo tanto bien.

Pues como quedasen los estados en la hermana mayor, hizo el caso de ellos, que su hermano; porque desde niña se había dado tanto a la oración (que es a donde el Señor da luz, para entender las verdades), que lo estimó tan poco como su hermano. ¡Oh válgame Dios, qué de trabajos y tormentos y pleitos, y aun a aventurar las vidas y las honras se pusieran muchos por heredar esta herencia! No pasaron pocos en que se la consintiesen dejar. Así es este mundo, que él nos da bien a entender sus desvaríos, si no estuviésemos ciegos. Muy de buena gana, porque ya dejasen libre de esta herencia, la renunció en su hermana, que ya no había otra, que era de edad de diez u once años. Luego, porque no se perdiese la negra memoria, ordenaron los deudos de casar a esta niña con tío suyo, hermano de su padre, y trajeron del Sumo Pontífice dispensaciones, y desposáronlos

No quiso el Señor que hija de tal madre, y hermana de tales hermanos, quedase más engañada que ellos, y así sucedió lo que ahora diré. Comenzando la niña a gozar de los trajes y atavíos del mundo (que conforme a la persona serían para aficionar en tan poca edad como ella tenía), aún no había dos meses que era desposada, cuando comenzó el Señor a darle luz, aunque ella entonces no lo entendía. Cuando había estado el día con mucho contento con su esposo (que lo quería con más extremo que pedía su edad), dábale una tristeza muy grande, viendo cómo se había acabado aquel día, y que así se habían de acabar todos. ¡Oh grandeza de Dios! Que del mismo contento que le daban los contentos de las cosas perecederas, le vino a aborrecer. Comenzole a dar una tristeza tan grande, que no la podía encubrir a su esposo, ni ella sabía de qué, ni qué le decir, aunque él se lo preguntaba. En este tiempo ofreciósele un camino, a donde no pudo dejar de ir lejos del lugar, y ella lo sintió mucho, como lo quería tanto. Mas luego le descubrió el Señor la causa de su pena, que era inclinarse su alma a lo que no se ha de acabar, y comenzó a considerar, cómo sus hermanos habían tomado lo más seguro, y dejándola a ella en los peligros del mundo. Por una parte esto, por otra parecerle que no tenía remedio, porque no había venido a su noticia que, siendo desposada, podía ser monja, hasta que lo preguntó, traíala fatigada, y sobre todo el amor que tenía a su esposo no la dejaba determinar, y así pasaba con harta pena. Como el Señor la quería para sí, fuele quitando este amor y creciendo el deseo de dejarlo todo. En este tiempo sólo le movía el deseo de salvarse, y de buscar los mejores medios que le parecía, que metida más en las cosas del mundo, se olvidaría de procurar lo que es eterno, que esta sabiduría le infundió Dios en tan poca edad, de buscar cómo ganar lo que no se acaba. ¡Dichosa alma, que tan presto salió de la ceguedad en que acaban muchos viejos! Como se vio libre la voluntad, determinose del todo a emplearla en Dios (que hasta esto había callado) y comenzó a tratarlo con su hermana. Ella, pareciéndole niñería, la desviaba de ello, y le decía algunas cosas para esto, que bien se podía salvar siendo casada. Ella le respondía ¿que por que lo había dejado ella= Y pasaron algunos días que siempre iba creciendo su deseo, aunque a su madre no osaba decir nada, y por ventura era ella la que le daba la guerra con sus santas oraciones.

En este tiempo ofreciose dar un hábito a una freila (era la hermana Estefanía de los Apóstoles) en este monasterio de la Concepción, cuyo llamamiento podrá ser que diga, porque aunque diferentes en calidad (porque es una labradorcita), en las mercedes grandes que le ha hecho Dios, la tiene de manera, que merece, para ser Su Majestad alabado, que se haga de ella memoria. Y yendo D^a Casilda (que así se llamaba esta amada del Señor) con una abuela suya a este hábito, que era madre de su esposo, aficionose en extremo a este monasterio, pareciéndole que por ser pocas y pobres podrían servir mejor al Señor, aunque todavía no estaba determinada a dejar a su esposo, que como he dicho, era lo que más la detenía. Consideraba, que solía antes que se desposase tener ratos de oración, porque la bondad y santidad de su madre las tenía, y a sus hijos criados en esto, que desde siete años los hacía entrar a tiempos en un oratorio, y les enseñaba cómo habían de considerar en la pasión del Señor, y les hacía confesar a menudo, y así ha visto tan buen suceso de sus deseos, que eran quererlos para Dios, y así me ha dicho ella, que siempre se los ofrecía y suplicaba los sacase del mundo, porque ya ella estaba desengañada de en lo poco que se ha de estimar. Considero yo algunas veces, cuando ellos se vean gozar de los gozos eternos, y que su madre fue el medio, las gracias que le darán, y el gozo accidental que ella tendrá de verlos, y cuán al contrario será los que por no los criar sus padres como a hijos de Dios (que lo son más que no suyos) se vean los unos y los otros en el infierno, las maldiciones que se echarán, y las desesperaciones que tendrán.

Pues tornando a lo que decía, como ella viese que aun rezar ya el rosario hacía de mala gana, hubo gran temor que siempre sería peor, y parecíale qué claro veía que, viniendo a esta casa, tenía asegurada su salvación; así se determinó del todo, y viniendo una mañana su hermana, y ella con su madre acá, ofreciose que entraron en el monasterio dentro, bien sin cuidado que ella haría lo que hizo. Como se vio dentro, no bastaba nadie a echarla de casa. Sus lágrimas eran tantas porque la dejasen, y las palabras que decía, que a todas tenía espantadas. Su madre, aunque en el interior se alegraba, temía a los deudos, y no quisiera se quedara así, porque no dijese había sido persuadida de ella, y la priora también estaba en lo mismo, que le parecía era niña, y que era menester más prueba. Esto era por la mañana, hubiéronse de quedar hasta la tarde, y enviaron a llamar a su confesor, y al P. maestro Fr. Domingo, que lo era mío, de quien hice al principio mención, aunque yo no estaba entonces aquí. Este Padre entendió luego que era espíritu del Señor, y la ayudó mucho, pasando harto con sus deudos (así habían de hacer todos los que le pretendían servir, cuando ven un alma llamada de Dios, no mirar tanto las prudencias humanas), prometiéndole de ayudarla para que tornase otro día. Con hartas persuasiones, para que no echasen la culpa a su madre, se fue esta vez; ella iba siempre más adelante en sus deseos. Comenzó secretamente su madre a dar parte a sus deudos, porque no lo supiese el esposo, se traía este secreto. Decían que era niñería y que esperase hasta tener edad, que no tenía cumplidos doce años. Ella decía que como la hallaron con edad para casarla y de dejarla al mundo, ¿cómo no se la hallaban para darse a Dios? Decía cosas que se parecía bien no era ella la que hablaba en esto. No pudo ser tan secreto que no se avisase a su esposo; como ella lo supo, parecióle no se sufría aguardarle; y un día de la Concepción, estando en casa de su abuela, que también era su suegra, que no sabía nada de esto, rogola mucho que la dejase ir al campo con su aya a holgar un poco; ella lo hizo por hacerle placer en un carro con sus criados. Ella dio a uno dinero, y rogole la esperase a la puerta de este monasterio con unos manojos o sarmientos, y ella hizo rodear de manera que la trajeran por esta casa. Como llegó a la puerta, dijo que pidiesen al torno un jarro de agua, que no dijese para quién, y apeose muy aprisa; dijeron que allí se la darían, ella no quiso. Ya los manojos estaban allí; dijo que dijese viniesen a la puerta a tomar aquellos manojos, y ella juntose allí, y en abriendo entrose dentro, y fuese a abrazar con Nuestra Señora, llorando y rogando a la priora ni la echase. Las voces de los criados eran grandes y los golpes que daban a la puerta; ella les fue a hablar a la red, y les dijo que por ninguna manera saldría, que lo fuesen a decir a su madre; las mujeres que iban con ella hacían grandes lástimas, a ella se le daba poco de todo. Como dieron la nueva a su abuela, quiso ir luego allá. En fin, ni ella, ni su tío, ni su esposo, que venido procuró mucho de hablarla por la red, hacían más de darle tormento cuando estaban con ella, y después quedar con mayor firmeza. Decíale el esposo, después de muchas lástimas, que podría más servir a Dios haciendo limosnas, y ella respondía que las hiciese él, y a las demás cosas le decía que más obligada estaba a su salvación, y que veía que era flaca, y que en las ocasiones del mundo no se salvaría, y que no tenía que quejarse de ella, pues no le había dejado sino por Dios, que en eso no le hacía agravio. De que vio que no se satisfacía con nada, levantose y dejole. Ninguna impresión le hizo, antes del todo quedó disgustada con él; porque al alma a quien Dios da luz de la verdad, las tentaciones y estorbos que pone el demonio la ayudan más, porque es Su Majestad el que pelea con ella, y así se veía claro aquí, que no parecía era ella la que hablaba. Como su esposo y deudos vieron lo poco que aprovechaba quererla sacar de grado, procuraron fuese por fuerza: y así trajeron una provisión real para sacarla fuera del monasterio, y que la pusiesen en libertad. En todo este tiempo, que fue desde la Concepción hasta el día de los Inocentes, que la sacaron, se estuvo sin darle el hábito en el monasterio, haciendo todas las cosas de la religión, como si lo tuviera, y con grandísimo contento. Este día la llevaron a casa de un caballero, viniendo la justicia por ella. Lleváronla con hartas lágrimas, diciendo ¿qué para que la atormentaban, pues no les había de aprovechar nada? Aquí fue harto persuadida, así de religiosos como de otras personas; porque a unos les parecía que era niñería; otros deseaban gozase su estado. Sería alargarme mucho si dijese las disputas que tuvo, y de la manera que se libraba de todas. Dejábalos espantados de las cosas que decía. Ya que vieron no aprovechaba, pusiéronla en casa de su madre para detenerla algún tiempo, la cual estaba ya cansada de ver tanto desasosiego, y no la ayudaba en nada, antes a lo que parecía, era contra ella. Podrá ser que fuese para probarla más, al menos así me lo ha dicho después, que es tan santa, que no se ha de creer sino lo que dice. Mas la niña no lo entendía; y también un confesor que la confesaba le era en extremo contrario, de manera que no tenía sino a Dios, y a una doncella de su madre, que era con quien descansaba. Así pasó con harto trabajo y fatiga hasta cumplir los doce años, que entendió que se trataba de llevarla a ser monja al monasterio

que estaba su hermana, ya que no la podían quitar de que lo fuese, por no haber en él tanta aspereza. Ella, como entendió esto, determinó de procurar por cualquier medio que pudiese llevar adelante su propósito; y así un día yendo a misa con su madre, estando en la iglesia, entrose su madre a confesar en un confesonario, y ella rogó a su aya que fuese a uno de los Padres a pedir que le dijese una misa, y en viéndola ida, metió sus chapines en la manga, y alzó la saya, y se fue con la mayor prisa que pudo a este monasterio, que era harto lejos. Su aya, como no la halló, fue tras ella, y ya que llegaba cerca, rogó a un hombre que se la tuviese, él dijo después que no había podido menearse, y así la dejó. Ella, como entró a la puerta del monasterio primera, y cerro la puerta y comenzó a llamar, cuando llegó la aya, ya estaba dentro en el monasterio, y diéronle luego el hábito, y así dio fin a tan buenos principios que como el Señor había puesto en ella. Su Majestad la comenzó luego bien en breve a pagar con mercedes espirituales, y ella a servirle con grandísimo contento, y grandísima humildad y desasimiento de todo. Sea bendito por siempre, que así da gusto con los vestidos pobres de sayal a la que tan aficionada estaba a los muy curiosos y ricos, aunque no eran parte para encubrir su hermosura, que estas gracias naturales repartió el Señor con ella, como las espirituales de condición y entendimiento tan agradable, que a todas es despertador para alabar a Su Majestad. Plegue a él haya muchas que así respondan a su llamamiento.

LA LIRA DE TERESA

Yo quisiera cantarte, amada mía,
Cantos ricos de amor y de pureza,
Yo quisiera que al menos este día
Sonase mi cantar sin aspereza,
Y en suavísimas ondas de armonía
Subiendo de tu trono hasta la alteza,
Una dulce sonrisa de tu boca
Arrancase al mecer tu blanca toca.

Tú que sabes amar como no sabe
El mundo corruptor y corrompido,
Y del místico amor la pena suave
Y dichosos martirios has sufrido;
Tú que la rica y misteriosa llave
De amorosos arcanos has tenido,
Tú sabrás que el amor a mí me inspira
Y eres tú la adorada de mi lira.

Las Eloísas y Cleopatras amantes,
Las Safos y Corinas inspiradas
No saben qué es amar, -¡pobres bacantes!-
Ni saben qué es cantar. -¡almas gastadas!-
Más que aquéllas tú sientes devorantes
Llamas de amor, limpísimas, sagradas,
Y las otras te envidian la arpa de oro
Que tu genio robó al celeste coro.

Las llamas de un amor que mancha el labio
Cantan aquéllas, sin rubor la frente,
Y a su sexo y virtud haciendo agravio
Muestran del alma asolador torrente.
Con estudiada voz y giro sabio
Himnos levanta la pasión demente,
Mas sus cantares que inspira el despecho

Turban el alma desgarrando el pecho.

Pero canta Teresa... y las ternuras
De un amor celestial dice su canto...
Venid, venid vosotras, almas puras,
Las que el candor protege con su manto;
Venid, y sentiréis cuántas dulzuras
Y deleites sin fin y goce santo,
Escondidos están en el dichoso
Y arrobador retrete del Esposo.

Liviano amor, pasiones mundanales
Inspiraron los cánticos de aquéllas;
¿Qué extraño que sus turbidos raudales
No reflejasen sol, ni luz, ni estrellas,
Y en lugar de esplendores celestiales,
Celajes de carmín y luces bellas,
Sólo larvas hediondas de negrura
Pudiese retratar el agua impura?

Mas, ¿queréis elevaros de este suelo
Y aspirar otra luz y otros ambientes,
Y animosos tender subido vuelo
Por dichosas regiones esplendentes,
Y del almo confín con vivo anhelo
Del amor y la dicha ver las fuentes?
- Pues leed y gozad la dicha aquesa
En los altos poemas de Teresa.

Misterios de un amor que llena el alma
Con divinos placeres nunca oídos,
Deleitosa fruición de suave calma
Que enajena y embarga los sentidos;
A la sombra feliz de eterna palma
En brazos del amor ser adormidos,
¡Con qué vivo fulgor y ardiente tinta
En sus libros Teresa nos lo pinta!

Allí veréis, en suelta mariposa
El alma convertida por su suerte,
Extender con donaire el ala hermosa
Después de darse a sí felice muerte.
¡Qué ligera, y gentil, y bulliciosa
Al hender nuevos mundos se divierte!
¿Mas qué tiene que el pecho la acongoja
Y gemidos tiernísimos arroja?

¡Ah, que ha visto, de soles coronada,
La beldad de los cielos infinita,
Y aun la tierra se ofrece a su mirada,
Y del mundo en los ámbitos se agita!
Con ímpetu de amor, de amor llagada,
A su centro feliz se precipita,
Mas apagar no puede su ansia ardiente,
Y, ya sin fuerzas, desmayarse siente.

¡Parasismo de amor! ¡Querido fuego,
Que saltó de la hoguera misteriosa,
Y en el centro del alma prendió luego,
Y ancha llaga formó, dulce y sabrosa!

A dolor tan agudo siente apego,
Sin quererla curar por lo gustosa,
Que crece su deleite y su dulzura
A medida que crece su abertura.

Un alto serafín Teresa mira
De hermosísimo rostro resplendente,
Que le atraviesa el pecho, amante pira,
Con un dardo de fuego incandescente.
Mas, ¡dolor!, que del dardo el ángel tira
Y arranca las entrañas juntamente,
Y cruzando de amor hondos abismos
Sufre y goza mortales parasismos.

Gloriosísimas sombras, claras lumbres,
Altos vuelos de un alma incomparable,
Águila caudal que altivas cumbres
Desafía con alas indomables,
Un corazón que nada en dulcedumbres
Y en olas de deleites inefables...
De su lira al compás dulce y sonoro
Teresa lo cantó con boca de oro.

Alturas bienhadadas del *Carmelo*,
De aguas corrientes y apiñadas flores,
¡Quién pudiera subir en raudo vuelo
Hacia vuestras esferas superiores!
Moradas misteriosas, nuevo cielo,
Vida hermosa, región de los amores,
¡Quién pudiera alcanzar tamaña empresa
De gozarlas cual tú, noble Teresa!

J.A.

Batea, 8 de agosto de 1873

MILAGRO OBRADO POR INTERCESIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS

En 1856, la Hermana María Teresa de Jesús, religiosa de Obediencia en el convento de Carmelitas de Alcalá, padecía desde más de siete años unos gravísimos accidentes causados de opilaciones, que luego declararon los médicos por incurables a causa de no ser conocidos en España y ser propios de las regiones nebulosas; no viéndose en ésta un caso semejante, en algunos siglos. Eran tan extraños, que le duraban tres, cuatro o cinco días sin volver de ellos; y vez hubo, que no volvió en ocho días; sin recibir más alimento en este tiempo, que la sustancia o agua que con un pistero se le podía echar para que se filtrase por entre los dientes, que tenía fuertemente encajados; y aun esto nos previno la misma enferma no se lo diésemos, porque algunas veces no tenía acción para tragar, y se le corrompía en la boca, o estaba expuesta a ahogarse. Mientras le duraba el accidente, no daba más señal de vida que el pulso; pero ni un solo dedo podía mover, teniendo su cuerpo la pesadez de un cadáver. En este estado tan penoso que traspasara el corazón de las Religiosas, llegó por tres o cuatro veces a punto de muerte, y se le administro el sacramento de la Santa Unción y recomendó el alma, percibiéndolo ella todo; porque ni el oído ni la parte intelectual lo perdía. A pesar de haber declarado los médicos el mal por incurable desde un principio, se tuvieron muchas consultas y se agotaron todos los recursos de la medicina, pero sin fruto alguno. El día 20 de julio del mismo año 56, le dio el último accidente, y por sí mismos se le quitaron retirándose la enfermedad al corazón y a la garganta, inflamándose uno y otra de modo, que no tragaba más

que líquidos con mucha dificultad, y al corazón no le podía llegar cosa alguna ni aun sus propias manos; con un quejido tan doloroso y triste particularmente de noche, que no había corazón para escucharlo. En este estado de postración y angustia, dispuso el médico se le diese el santo Viático cada ocho días, dando el negocio por rematado, y nos previno que el momento menos pensado se quedaría muerta. Permaneció así hasta el 22 de octubre, que era el señalado por Dios para que admirásemos lo grande de su poder en sí mismo y en sus Santos.

Después de dar a adorar a los fieles la reliquia de nuestra Santa Madre, como se acostumbra todos los años el último día de la novena que se celebra en nuestra iglesia, subió con ella la Hermana sacristana (sin duda por especial impulso) a la celda de la enferma, para que se encomendase a la Santa con mucha fe y le pidiese la salud; así lo hizo, y le suplicó que, si le convenía y no era contra la voluntad de Dios, se la alcanzase de Su Majestad para servirle con ella, y perseveró en su petición algún rato. Dice la Religiosa que se sintió interiormente movida a sentarse en la cama y volverse al otro lado (que hasta entonces no había podido hacerlo), y se halló ligera y sin los impedimentos que antes tenía en la garganta y corazón, desconociéndose a sí misma. Entró la Prelada a verla después de Maitines con otras religiosas, y quedaron pasmadas viéndola sentada en la cama con unos ojos muy alegres (que antes los tenía moribundos); y con el placer que se deja entender, le dijo: "Madre, gracias a Dios ya estoy buena, que nuestra santa Madre; que me traigan algo de comer, que tengo mucha hambre". – ¿Y qué comería?, le preguntó la Prelada. – Aunque sea un pedazo de pescado (contestó ella), porque nada tengo en la garganta". Empezamos entonces a hacer experiencias y vimos no se resentía ni de golpes que se le daban al corazón ni de cosa alguna; por lo que nos certificamos del milagro, y con lágrimas de gratitud dimos gracias a Dios. Al siguiente día vio el médico a visitarla como era costumbre, y al verla tan despejada y alegre, sin ningún síntoma de ninguna clase, regularizado el pulso y que tragaba todo lo que le dábamos a comer, exclamó: "¡No ésta obra de los hombres, sino de Dios! Escríbase para gloria suya y de la Santa Madre, que yo puedo jurar ser verdad". Una cosa realza sobremanera este milagro, y es que habiendo sido causa de la enfermedad la opilación, ésta jamás dejó de existir en la Religiosa, aunque desaparecieron todos los males sin dejar rastro alguno, ni de ella ha tenido la menor resulta. Todo sea para gloria de Dios y de la que tan poderosa es para con Él, la gran Teresa de Jesús.

MARÍA PILAR, *del Sagrado Corazón de Jesús, Priora,*

REVISTA EXTRANJERA

ROMA. El día 17 de julio, después de admitir en su augusta presencia a muchas personas distinguidas, entre las cuales se contaban varios religiosos y seglares de Manila, el Santo Padre recibió en la sala del Consistorio a los presidentes de las Asociaciones católicas de Roma que forman la Federación llamada *Piana*, del nombre de Pío IX, que es su primer protector.

El caballero Mencacci leyó en nombre de sus colegas y de toda la Federación un enérgico mensaje, al cual Pío IX contestó con la siguiente bellísima improvisación:

"Es cierto, sí, que el infierno se ha desencadenado contra nosotros; no obstante, venceré. *Io vincero.*

Y venceré, no por virtud propia, sino por la virtud de Dios, por la mediación de la Santísima Virgen, y por vosotros mismos, que habéis sido, sois y seréis mi alegría y mi corona. *Gaudium meum, et corona mea*, en expresión del Apóstol.

"Combatamos, pues, sin temor al poder de los enemigos. Sus armas no podrán resistir mucho tiempo, porque defienden la mentira y la iniquidad, mientras nosotros defendemos la verdad y la justicia.

Dios no se rinde todavía a nuestras súplicas, cierto. Pero que si fue pronto en oír al Centurión, no escuchó en seguida los ruegos de la mujer que deseaba la curación de su hija.

"Y aunque Jesucristo le dijo que no debía darse a los perros el pan de los niños, aquella mujer humilde y constante repuso: 'Pero los perros, Señor, recogen las migajas que caen de la mesa de sus dueños'. Y Jesús, como sobrecogido por un sentimiento de admiración, acogió estas palabras llenas de fe e inspiradas por el Espíritu de Dios que impulsaba a aquella

mujer; y así como había dicho al Centurión: *Non inveni tantam fidem in Israel*, dijo ahora a la mujer: *O mulier, magna est fides tua*; y escuchó su clamor.

Confiemos también nosotros, y no se debilite nuestra fe. Esta fe se halla admirablemente simbolizada por el pez que permanece tranquilo en medio de las olas embravecidas, y no pueden abatirla las contrariedades y persecuciones.

“Llenos de fe, esperemos, oremos y pidamos sin cesar a Dios la paz; vuestra paz y la mía; la paz de tantos millones de almas esparcidas en el mundo; pidamos la paz de la Iglesia y de la sociedad juntamente con el triunfo de la verdad y de la justicia.

“Dios confirme vuestras palabras y vuestros sentimientos. Por mi parte, os doy con toda la efusión de mi corazón la bendición apostólica.

“Benedictio Dei, etc.”

- Deseando últimamente una señora romana conocer la voluntad de Pío IX acerca de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, le presentó un escapulario con esta imagen; y Su Santidad, conmovido a la vista de aquel signo de salvación, exclamó:

- Señora, es un pensamiento del cielo... Sí, viene del cielo,

Después el Papa se dignó concederle su bendición, y añadió:

- Quiero que todos los escapularios que se hagan por este modelo, participen de esta bendición, y que las asechanzas del demonio no alcancen a los que lo lleven sobre su pecho.

Elevando luego los ojos al cielo, Su Santidad oró en los siguientes términos:

- Abridme vuestro Sagrado Corazón, ¡oh Jesús! Mostradme sus encantos, unidme a Él para siempre. Que todas las palpitations de mi corazón, aun durante mi sueño, os revelen mi amor y os digan sin cesar: Sí, Señor, yo os amo... Recibid el escaso bien que ejecuto... Hacedme la gracia de reparar el mal que he hecho para que os alabe en el tiempo y os bendiga por toda la eternidad. Amén.

- Se ha publicado en Roma el decreto de beatificación y canonización de sor Teresa de San Agustín, religiosa profesora de la Orden de Carmelitas Descalzas. Sor Teresa de San Agustín se llamaba en el mundo Luisa María de Borbón. Era hija de Luis XV y murió en su monasterio dos años antes de la revolución, habiéndose sacrificado a Dios por la salud de esa Francia, que debía presenciar cuanto antes otro sacrificio, el de su real sobrino, Luis XVI.

- Los católicos de Italia han concebido el proyecto de celebrar un congreso general para la defensa de los derechos del Catolicismo; y al efecto, reunida en la iglesia de san Roque en Venecia una asamblea de centenares de personas, bajo la presidencia del eminentísimo señor cardenal Trevisanato, se han tomado los acuerdos siguientes:

1º El Consejo superior de la *Juventud católica*, residente en Bolonia, se constituyó en centro promotor, bajo la presidencia honoraria del eminentísimo señor Patriarca, cuyo fin es procurar, en el plazo más breve posible, pero que no excederá de dos años, la convocatoria del primer congreso de católicos italianos en una de sus principales ciudades.

2º El Consejo superior aprovechará la reunión que ha de celebrarse en Venecia el 2 de octubre, para conmemorar el aniversario de la batalla de Lepanto, ocurrida el 7 de octubre de 1571, para invitar a las asociaciones que allí estén representadas, y a todos los católicos italianos, para que le ayuden en su empresa con su acción y sus consejos.

FRANCIA. La Asamblea de los diputados ha votado por una gran mayoría un proyecto de ley que declara de utilidad pública la iglesia que el señor Arzobispo de París va a construir en las alturas de Montmartre. Este templo, que será magnífico, se construirá por medio de una suscripción nacional que ha abierto el señor Arzobispo, y que cuenta ya con 5.000.000 de reales. Tendrá el carácter de expiatorio y se dedicará al Sagrado Corazón de Jesús.

Al discutirse el proyecto de ley, aceptado por el Gobierno de Mac-Mahón, un diputado internacionalista, Mr. Tolain, empezó a blasfemar contra la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Con este motivo la Asamblea, en su gran mayoría, se levantó a protestar; y al rechazar de un modo muy enérgico las blasfemias del orador ateo, hizo un magnífico y brillantísimo acto de fe que no podrá menos de traer las bendiciones de Dios sobre la Francia entera.

El templo del Sagrado Corazón tendrá sus tradiciones. El 15 de mayo de 1534, un militar español. Acompañado de cinco estudiantes, subían la colina de Montmartre, jurando en su cima consagrarse enteramente a la defensa del Pontificado. Aquel militar fue después San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

- Las monjas Carmelitas de Francia, Bélgica e Inglaterra hacen fervorosas Novenas a favor de sus hermanas de España, a algunas de las cuales la demagogia triunfante ha arrojado de sus asilos. Sirva esto de satisfacción y consuelo a las atribuladas Carmelitas españolas.

- Multiplíquense como por encanto las peregrinaciones a los Santuarios más venerandos de María Santísima.

- Los periódicos católicos de París se han publicado la magnífica protesta de la fe que más de cien diputados franceses han dirigido al Sumo Pontífice Pío IX, manifestándole que no tienen reparo alguno en confesar a Cristo delante de los hombres.

¡Dichosa Francia, si todos sus diputados y todas sus autoridades siguiesen este tan noble como glorioso ejemplo! De todos modos es gran fortuna para Francia el ser en la actualidad la única nación del mundo en la cual hay cien diputados que no temen confesar públicamente su fe, y un Gobierno que, lejos de perseguir a la Iglesia, no deja de hacer alguna cosa para disminuir las terribles amarguras que despedazan el corazón del Vicario de Jesucristo.

INGLATERRA. Con motivo de la fiesta de Santo Tomás Beckett, el mártir del cesarismo de la Edad Media, se ha dirigido a Canterbury una multitud de peregrinos de ambos sexos para honrar la memoria de aquel glorioso arzobispo. El R.P. Christie, antiguo catedrático de la Universidad de Oxford, y al presente superior de la Compañía de Jesús en Londres, ha sido el jefe de la peregrinación, y al mismo tiempo que ha edificado a los fieles con sus ejemplos de piedad y con la elocuencia de su palabra, les ha hecho comprender también las bellezas artísticas de la catedral y de otros monumentos religiosos, demostrando así prácticamente y sin pretenderlo el distinguido arqueólogo, que allí donde se encuentran los Jesuitas, la religión y la ciencia están de completa enhorabuena.

ÁFRICA. El señor Arzobispo de Argel ha ido acogiendo a gran número de huérfanos árabes, y últimamente ha fundado un seminario para estos niños destinados a traer la fe en medio de las poblaciones de las que han salido. He ahí una conmovedora carta que estos huérfanos escriben a sus colegas los alumnos de los seminarios de Francia, para suplicarles que acudan en su auxilio:

“Hermanos nuestros en Jesucristo:

“No os conocemos, ni vosotros nos conocéis tampoco; pero no es menester que os conozcamos para que os amemos tiernamente, puesto que somos hermanos vuestros e hijos de Dios.

“Durante la cruel hambre que hubo en África, nos encontrábamos en nuestro país abandonados de todo el mundo; el hambre causaba la muerte; nosotros comíamos yerbas como los animales. Los padres que tenían hijos los dejaban morir, porque no tenían con qué alimentarlos.

“Pero Dios se conmovió a la vista de estas cosas; y ved que entonces el señor Arzobispo de Argel nos tomó entre sus manos como un águila sobre sus alas; nos dio pan, nos instruyó, y hemos llegado a ser cristianos; teníamos cerrados los ojos, y él nos los ha abierto por medio del Bautismo; ahora vemos claro, ahora vemos que vosotros sois hermanos nuestros.

“¡Oh! La divina Providencia fue la que envió aquella cruel hambre para arrancarnos del infierno. Muertos estaríamos tal vez ya sin el padre que nos ha dado Dios.

“Nuestro padre, el de nuestro país, cuando ya no tenía más alimentos que darnos, dijo:

“- Hijo mía, nada más te puedo dar; puedes marcharte.

“Y ved ahí que el señor Arzobispo ha sido para con nosotros más caritativo que nuestro padre. Pero ahora estamos tristes; la Francia es nuestra madre, y el señor Arzobispo nos ha dicho:

“- En Francia hay infortunios, y por este motivo no hay más dinero para vosotros; quizás ya no pueda continuar conservándoos a mi lado y educándoos.

“Entonces hemos pensado en vosotros, porque vosotros sois seminaristas como nosotros; tenéis a vuestros padres que pagan por vosotros; pero nosotros no tenemos más que al señor Arzobispo. Aun cuando no fuese más que un sueldo o dos lo que dierais, con esto habría ya para un día, porque nosotros somos árabes y kabilas, y no se necesita gran cosa para mantenernos. Basta un pedazo de pan y un plato de sopa.

“Queridos hermanos, nunca es tan grande la bolsa como el corazón. Si no podéis hacer tanto como vuestro corazón os inspira, os conjuramos a que roguéis por nosotros, a fin de que

Dios nos dé el pan cotidiano, y nos haga a todos unos santos misioneros para ir a llevar la verdad cristiana a las demás partes del África.

“¡Oh!, ¡cuán dichosos seréis cuando habréis conquistado almas para Jesucristo!

“También nosotros esperamos con impaciencia poderlas conquistar. Sentimos que arde nuestro corazón, y si es preciso derramar nuestra sangre para conquistar una sola alma para Jesucristo, dispuestos estamos a ello, si lo permite Dios.

Sabemos ahora por nosotros mismos que los musulmanes profesan una falsa religión. A veces vienen algunos pobres árabes a pedir limosna, y al verlos decimos en nuestro corazón:

“- Antes, cuando nos hallábamos en nuestras montañas, allá lejos, hemos sido como ellos sucios y malos, y ahora no lo somos ya; somos católicos por la gracia de Dios Salvador, y queremos convertir a nuestros hermanos.

“Pedid a Dios que nos haga perseverar en la gracia de nuestro Bautismo y de nuestra primera Comunión, y que jamás caigamos en el pecado. También nosotros acudiremos en vuestro auxilio, no con limosnas, pero sí con oraciones; rogaremos por Francia, a fin de que Dios la bendiga, volviéndola gloriosa como lo era antes. Y sobre todo rogaremos por vosotros, a fin de que Dios os bendiga también. Y esperamos que cuando vuestra alma dejará su cuerpo, con la oración de los huérfanos árabes, no habrá necesidad de juzgaros.

“Para que nos conozcáis, os enviamos nuestros retratos; quisiéramos enseñaros nuestro corazón para haceros saber cuánto os amamos.

“Adiós, nuestros queridos hermanos; a todos os abrazamos por los dulces Corazones de Jesús y de María”.

(Siguen sesenta y cuatro firmas).

GRACIAS

**que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan
a las oraciones de sus devotos.**

La conservación y libertad de nuestro santísimo Padre Pío IX.

La paz de España y el triunfo de la Iglesia.

La conversión de un joven sumido en el más hediondo de los vicios.

La protección del cielo sobre las atribuladas Carmelitas de España.

Aumento de fervor en todas las almas buenas.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS A AL ROMANO PONTÍFICE,
CAUTIVO Y POBRE

Suma anterior Rs. 1.842,50

Un exclaustro: Dios conceda al santísimo Padre Pío IX plena libertad en el ejercicio de su sagrado ministerio	20
Una comunidad	20
Un exclaustro	20
Un pobre sacerdote, para que Teresa de Jesús alcance paz al mundo y días de santa alegría a nuestra desventurada España .	20
<i>Benlloc</i> - ¡Viva Pío IX! Un sacerdote	20
<i>Lucena de Aranda</i> - Manuel Villalonga, Pbro. : Santa Teresa de Jesús, haz que nuestras súplicas alcancen libertad para nuestro Pío IX y la unidad católica para nuestra España	5

Suma Rs. 1.967,50

(Sigue abierta la suscripción)